

La página viva

De Ortega y Gasset: Pensador con los cinco sentidos

José de la Colina



José Ortega y Gasset

De José Ortega y Gasset, del autor de *La deshumanización del arte*, de *La rebelión de las masas*, de la *Historia como sistema*, se ha dicho que al llevar la filosofía al periódico diario la había puesto a circular en la calle, en los cafés, en la vida cotidiana de ciudadanos españoles e hispanoparlantes. Y podría decirse también que desde aquel su periodismo de pensador lanzaba a esos ámbitos cotidianos una mirada atenta a la realidad, a las artes, a la literatura y la política, pues casi no hubo tema que le fuese ajeno. Todo lo discutible que para algunos sea por el supuesto abuso de la metáfora, la imagen y el símil en sus ensayos de filosofía y de crítica (hasta el punto en que Borges, lo tenía por un mal escritor y le aconsejaba que contratase a uno bueno para que le redactara los ensayos), Ortega, con una prosa fluida, deleitosa y a veces, es verdad, demasiado retóricamente adornada, lograba páginas vivas como ésta de ahora, entresacada de sus “Notas del vago estío” (tomo v de *El espectador*). Es una página que, abriéndose al testimonio de todos los sentidos, narra y describe el inmediato recuerdo de una tormenta en Castilla y nos invita a ver, a tocar, oír, oler y gustar un paisaje en movimiento, en juego de luces y claroscuro, en el que, como de paso, se esbozan vívidamente los retratos de dos personajes que Velázquez y Goya hubieran pintado al alimón: una moza de busto anheloso, trabajadora del trigo en las eras, y la cuentera y obscena abuela de “ojos de sibila”.

“Nuestra Señora del Harnero” demuestra que Ortega sabía también bajar a los territorios de lo que Pavese llamaba *la patria de aquí abajo*: en la ocasión, Romanillos, un humilde triguero y soleado pueblito de Castilla asaltado por la tormenta.

NUESTRA SEÑORA DEL HARNERO

José Ortega y Gasset

Era tiempo de agosto, bochornoso, inquieto, y en aquella tierra fría aún se andaba en la recolección. Los pueblos estaban ceñidos por el cinturón dorado de las eras, donde las parvas relucían como joyas amarillas. A mediodía llegué a Romanillos, una aldeíta náufraga en un mar de espigas. Entré en la posada para guarecerme del exceso solar. Por contraste con la radiación exterior, el zaguán parecía una fresca tiniebla. En cambio, desde lo oscuro, el portal era una pantalla de cinematógrafo harta de luz y vagamente irreal. Pasaban los labriegos por el camino, vestidos de calzón corto y pañuelo a la soriana —cuerpos menudos y sarmentosos, teces negras, dientes ebúrneos. Tras ellos, los mulitos, campanilleando, cargados con los costales de cebada rubia, recién aventada. Todo el pueblo de ambos sexos estaba en las eras trabajando nerviosamente, porque en tal época son inminentes las lluvias y puede fermentar la cosecha si no se la recoge pronto.

Sobre el horizonte asoma su hombro negro una nube redonda, torva, maléfica, mágica, y, con ella, un extraño dramatismo en el paisaje. De repente entra por el umbral una tolvanera que enciende la tiniebla con innumerables lucecitas áureas: las menudas pajas que revuelan y ciegan. Poco después otra ráfaga y otra. Caen unas gotas gruesas que estallan sobre el polvo del camino. Los

transeúntes avivan el paso. Las gotas mudean y un trueno gigante retumba. La nube cubre el horizonte. Llega a la carrera, en un galope triunfal, como si dentro de ella un dios bárbaro viajase. Llueve. Las gentes pasan corriendo. El chubasco arrecia. Otro trueno parece machacar las vegas. Un rayo da su latigazo a los caballos aéreos de la nube. La tolvanera no deja ver nada y súbitamente entra una bocanada de hombres y mujeres que buscan recaudo en el zaguán. Risas, gritos, orgía espontánea de rurales. En el quicio de la puerta, a contraluz, queda una moza. El refajo rojo se abraza a sus caderas y una chambra blanca se hincha, como una vela, bajo el doble viento elástico de sus senos. Es rubia, como la cebada, y de ojos azules, como hontanares. Se apoya en una pierna y la otra deja un anca peraltada sobre la cual hace descansar un harnero que retiene con el brazo.

Entre los gritos se oye la voz silbante de una vieja, con faz rugosa y negra, ojos de sibila, que dice indecencias, exaltada por la aventura, electrizada por el rayo y la aglomeración. Habla de las habas del país y sus pupilas ven en el aire los Príapos que eternamente presiden las recolecciones. La moza del umbral sonríe al oírla, como disolviendo y anulando, a fuerza de esencial virginidad, la lúbrica alusión. Es tan bella y tan virgen, que yo resuelvo adorarla bajo la advocación de Nuestra Señora del Harnero. La tormenta cede, las tolvaneras se apaciguan. Llega un frescor liento que sabe a paja y a nube. Salen algunos del zaguán. Vuelven a oírse las campanillas de los mulitos romos y un rayo nuevo de sol se enreda en el cabello de la virgen. Al crescendo sinfónico del meteoro sigue un suave *diminuendo*. El paisaje vuelve a su compás. Y yo tomo de nuevo el camino. [U]